

Carta a un encargado de bar

Sergio Peña

Facultad de Filosofía y Letras

El relato de un vuelo agitado en la
vida de una sobrecargo

A Claudia Nauth

De repente pienso que va a ser tu cumpleaños, aunque ya lo sabemos: eres géminis, mayo, el mellizo, pero ¿de quién?, ¿mío? Soy práctica, por eso no te compré nada esta vez al dejar Schipool. Además, ¿cómo sé que Ron no se va a enterar algún día? Tú lo dijiste: la política es sólo la superficie y a los políticos sólo les gusta prometer y ser fotografiados; y Ron, pese a sus 27 años, empieza a ser así. No era así cuando lo conocí en la Universidad de Amsterdam, hace cinco años. Entonces era un brillante y apasionado defensor de los derechos humanos y activista ecológico. ¡Qué diferencia entre el de entonces y el de hoy! Aquél

era honesto; el de hoy, no sé... Tal vez es que cinco años de relación ya pesan entre nosotros, ¿quién lo sabe? Pero cada vez se me hace más insoporable la tardanza entre Schipool y México; y cada vez, también, me alegra más llegar hasta aquí —pese a la contaminación—, y al mismo tiempo me entristece retomar mi vuelo, mi oficio querido para dejarte. ¿Lo ves? No soy tan racional como te lo parecí la primera vez; me duele dejarte cada nueva ocasión, aunque acepto que, de algún modo, esta tristeza responde ya a un “destino”, por llamarlo así, y que no la puedo disociar de la enorme alegría que me produce verte... El hecho mismo de que hoy esté aquí tiene que ver contigo. Sólo tres días,





como siempre; pero tú estuviste en Bruselas dos noches y algo esencial de esa ciudad, como el olor a pralinés, se te pegó en tan corto lapso. Tú lo admites, y gracias a esto — bueno, también gracias a que te quiero— ha sido posible esta relación transoceánica. ¿Qué te digo? Hay un hombre parado junto a mí, desconocido, observándome mientras aguardo sobre una banca la llegada de un taxi. No es que me atemorice, es más bien que su rostro refleja un grado de perplejidad y necedad inconmensurables. Me recuerda a los rusos del vuelo 662, en el que llegué a México, aunque él es un habitante de Guanajuato y nada que ver con ellos, en apariencia.

Sylvia me llamó temprano para ver si la podía sustituir en este vuelo. "Claro que sí", le dije de inmediato; se me presentaba una buena oportunidad de verte, además de poder alejarme un poco del político Ron, a quien quise más antes de que se perfilara como un "líder nato" de su partido de centro-izquierda y con quien discutí menos antes de que fuera un defensor de tu paisano, el enmascarado "subcomandante Marcos" que, en lugar de usar a los indígenas como pretexto para ser feliz y famoso, lo que debería hacer es poner una agencia de viajes o lanzar una fra-

gancia en Europa (Ron se enojó mucho cuando le dije esto). Aun hoy no sé cómo di contigo, o cómo tú diste conmigo, y a pesar de lo tirante del hecho de vivir con dos hombres distintos, en dos países distintos, me las arreglo bien. Está bien: no soy de palo, pero tampoco he sido el ser más sedentario sobre la tierra y este aspecto de mi conducta abarca también mis sentimientos. Te quiero mucho, quiero a Ron, soy feliz viviendo entre los dos, antes de los 45 no aspiraré a vivir tranquilamente con uno de los dos. Hay tiempo para decidir mientras tanto, diecisiete años nada más; lo cual no apaga un segundo mis ansias de verte cuando se me presenta una oportunidad como la de ahora. Por otro lado, Ron es como mi contraparte natural (holandés), familiar, racional, biológica; mientras que tú eres verdaderamente mi contraparte "extraña" (mexicano), intuitiva, apasionada. Pensaba en todo esto cuando abordé el *airbus* de KLM, saludé a Pieter de manera cordial, el sobrecargo a quien ya conocía de otros vuelos, y al resto de la tripulación que me era desconocida. Me recibieron bien, con la habitual camaradería sin excesos. Me



instalé en la nave, coloqué mis cosas en el compartimiento asignado, pasé lista a todo, revisé el equipo, los alimentos para servirse durante el vuelo y las bebidas, chequé micrófonos y me dispuse, así, a darle la bienvenida a los pasajeros.

Fueron entrando uno a uno, la mayoría eran turistas holandeses y alemanes que se aprestaban a pasar unos

ricos días en el Caribe o en las costas del Pacífico mexicano. No obstante, pude observar un reducido número de europeos que hablaban un idioma desconocido para mí —eslavo— y cuyos modales, ya desde abordar, eran en cierto grado prepotentes y rudos como los de un borracho. Más tarde, comprobaría que eran *nouveaux riches* rusos, probablemente de las mafias moscovitas de armas o de prostitución, qué sé yo. Obviamente no hubiera pensado en esto de haberse comportado ellos como dignos primos de Prokofiev, Lou Salomé, Pushkin, Rachmaninoff o Shostakovich y no de Iván El Terrible, Rasputín o Stalin; pero su comportamiento, desde el principio, haría justificar la existencia del Archipiélago Gulag sólo para ellos, aunque Soljenitzin me pueda ahorcar por decir esto. Tuve un presentimiento, como si de antemano supiera que las próximas diez horas de mi vida estarían condenadas a tormentos indescriptibles de orden psicológico. De cualquier modo, traté de no pensar en ello. Los recibí como a cualquier pasajero e hice acopio de fuerzas; actitud que me duró solamente una hora, la primera del vuelo, cuando uno de los mafiosos derramó su vaso de whisky sobre mí, intencionalmente.



—Perdón, ninotshka, es que bailas mucho, ¡ja, ja, ja, ja, ja, ja! —y eructó.

Dije que sí, que descuidara, aunque en el fondo sabía que su disculpa no era sincera del mismo modo que tampoco lo fue mi respuesta. Era, tácitamente, una guerra declarada; y sabía, después de años de experiencia, que yo me habría de llevar la peor parte.

El amigo gordo, que estaba sentado a su lado, comenzó a

Esas diez horas estuvieron condenadas a tormentos indescriptibles de orden psicológico

proferir no sé qué cantidad de incoherencias altisonantes en su idioma y me señalaba amenazador con el índice. Yo sólo le sonreía, como boba, pues, al igual que muchos prestadores de servicios, sabía que “el cliente tiene la razón”, en este caso el pasajero; y para mi fortuna no sé ruso, por lo que las pendejadas que me haya dicho el ruso gordo me

pasaron desapercibidas. Aun así, regresé a la cocina, hastiada, con la sangre hirviendo y ganas de matar a alguien. Pieter, solidario, me puso una mano sobre el hombro, me apretó fuerte y me dijo: “Tranquila. ¡Ánimo!, te



quedan nueve horas más para envenenar al cerdo ése", y me sonrió. "Sí, poco me faltó ahora", dije y me llevé las manos a la cabeza para relajarme un poco. Pensé en ti en esos momentos, en la escena de *Betty Blue* cuando Zorg le pone porquería y media del bote



de basura, más ceniza de cigarro, al plato de pasta recién devuelto por una clienta: él le regresa el plato, "ya condimentado", ella lo prueba y, al parecer, todo sobre ruedas. ¡Caray, cómo pensé en esta escena!

"Chingada madre", dirías tú, desde tu puesto en el bar, al ser desafiado por algún cliente tonto. Si pudieras, hasta lo arrojarías por la puerta, ayudado por alguno de tus compañeros meseros. ¡Cómo me gustaría que hubieras estado allí! Claro, veo algunos inconvenientes, digamos técnicos, en tu manera de resolver las cosas. Por ejemplo:

a) en KLM nunca se le ha torcido ningún brazo a un pasajero latoso, como he oído que lo pueden hacer —ahora entiendo por qué— las sobrecargos rusas, hacer esto equivaldría a una suspensión;



b) no es tan fácil arrojar a alguien afuera de un avión, los inconvenientes son demasiados: descompresión, pérdida irreparable del cuerpo del pasajero revoltoso ruso, y la consecuente suma a pagar en indemnizaciones para su familia por parte de la compañía. "No, mejor lo dejamos como está", pensé concluyente aunque animada, y salí a ver si se le ofrecía algo a los gamberros:

—¡Qué lenta eres! —gritó uno de los mafiosos— ¡Vamos!, tengo diez minutos esperando a que me cambies el vaso.

No respondí, sólo le sonreí muy levemente y, al cambiar el vaso, no pude evitar que éste se me resbalara y que los hielos que contenía le cayeran en los pantalones al gritón.

—Pero ¡¿qué haces?! —gimió mientras el resto de sus amigos celebraba mi acto a carcajadas, lo que me estimuló a seguir desafiándolos—. "Disculpe", pronuncié y me precipité hacia la cocina para poder reírme como la gente.

"¿Ya los envenenaste?", me preguntó Pieter. "Casi", respondí, "me quedan ocho horas más", y vaya que me quedaron. Cuando volví hacia ellos, uno de los gordos mafiosos mercaderes de armas me señaló algo en el piso. Al inclinarme para ver qué era, pude sentir un golpe rápido en el trasero. Me volteé de inmediato, sin poder sorprender a nadie, pero ahí estaban los cerdos tratables de blancas con unas sonrisas sarcásticas. Casi estallé en cólera, pero me contuve. Entré corriendo a la cocina y, de no haber sido por la oportuna aparición del santo Pieter en mi camino, seguro

habría salido con un cuchillo directamente contra los padrotes rusos. "Calma, calma", dijo Pieter, y esta vez lo dijo de un modo sosegado, como el del jugador de ajedrez que ya sabe cuál va a ser su próximo movimiento. "Ya no salgas, ahora me toca a mí. Déjamelos", y de ahí en adelante él se hizo cargo de ellos.

Pieter poseía un talento natural para poner las cosas en su lugar; alguna vez me contó que de adolescente había sido un chavo rebelde, penden-ciero, que incluso había ido a dar a un reformatorio por una temporada ya que había robado una cartera. También me contó que no había sido malo para eso, aunque era debido al aspecto moral que había desistido de esas prácticas, debido a su tío Frans que lo había rescatado del mal camino y le había dado muchos consejos e incluso había aceptado que fuera gay y lo había ayudado económicamente para que realizara sus estudios sin contratiempos y que pudiera trabajar de sobrecargo —oficio que desempeñaba bien desde hace cuatro años—. Es un buen tipo ese Pieter. Esto es algo que habré de agradecer —no sin cierta sonrisa maliciosa— y recordar por el resto de mi vida.

El sol de esta ciudad es fuerte, como suele ser en las límpidas ciudades de provincia mexicanas. Afortunadamente, la nube de tierra y esmog de la ciudad de México no llega hasta aquí. Tengo un día de haber llegado y no aguanto las ganas de verte, son las



11:00 a.m. y me desespera saber que aún faltan dos horas; porque

desde el principio, entre tú y yo el tiempo ha sido herido de muerte, desahuciado, dotado de esa intensidad que sólo los moribundos conocen. Y lo nuestro es pasión; cada segundo es vital para el otro, y no olvido que nuestro primer encuentro, en la ciudad de México, no duró más de ocho horas... Tú dijiste, al invitarme a comer: "Tengo apenas dos horas de conocerte, o sea que seis horas más son la vida entera para los dos. ¡Vamos!", y pasamos juntos las seis horas que me restaban antes de proseguir mi destino rumbo a Europa. Hace ya tres años de esto. Y recuerdo





que dijiste: "Hay justicia, ¡claro que la hay!", cuando te enteraste del desenlace de la historia de los narcos

garon, en medio de la desesperación, a ofrecerle miles de dólares a los agentes de migración mexicanos; pero no entraron, hecho increíble en un país del que se dice que todo es corrupción y que todo se arregla con dinero. Inmediatamente fueron subidos a un avión que iba a Moscú, de los de Aeroflot, con su sidra rusa amarga y esas colegas de México a La Habana que pesan regularmente entre 70 y 80 kg, que también saben lucha grecorromana y que tienen experiencia en torcer brazos de pasajeros —sin distinción de nacionalidad ni filiación política— impertinentes. Sin querer, este hecho insólito renovó mi fe en el género humano, en la justicia de los hombres al tiempo que escuchaba las preguntas plenamente mustias del santo Pieter, que observaba a los rusos detenidos por migración: "Ay, qué tontos, pero ¿qué les pasó?, ¿cómo se les ocurrió subirse a un avión sin visa?", y decía esto mientras me guiñaba un ojo ☉

Al inclinarme para ver qué había en el piso, pude sentir un golpe rápido en el trasero

rusos en el avión al saber que, después de toda la lata que me dieron y de cómo me fastidiaron durante todo el vuelo, no fueron admitidos por los agentes de migración al llegar al aeropuerto de la ciudad de México. Al requerírseles la visa para ingresar al país, ¡resultó que no la tenían!, la habían perdido. Hubo confusión en sus rostros, se miraron los unos a los otros desconcertados, se culpaban entre sí, discutieron —aunque todo era en ruso, no era difícil entender lo que ocurría—, vociferaban, incluso lle-

